

Una reflexión

Manuel Tovilla y Pomar

La última mitad del siglo xx se caracterizó por cambios veloces y sustanciales en todas las ramas que nutren el conocimiento del hombre. No sólo en la tecnología, sino en las que le facilitan su diversión y esparcimiento. El ser humano actual ha ido asimilando y adecuando, a costa de alterar su propia personalidad, sus costumbres y su manera de actuar ante la gran masa de información y la diaria avalancha de novedades. El individuo cada vez se vuelve más necio y, precisamente por eso, en estos días necesita un *saber orientado* (Kung) que le permita elaborar y ordenar tan complejo cúmulo de novedades.

Da la impresión de que la sociedad actual ha dejado de lado valores tradicionales básicos y ha adoptado otros que parecen ser desechables y sujetos a la obsolescencia. Este proceso de transición ha afectado de manera importante a la niñez y a la juventud, que por su inexperiencia han sido presa fácil del espejismo de vida fácil y ruidosa que la publicidad ha impuesto como meta para lograr la plenitud. Tardíamente se comprueba que esto sólo ha sido un engaño, cuya realidad se vuelve dolorosa.

Todo esto se ha provocado por la falta de orientación, educación y cuidado de los jóvenes, desde que estos eran recién nacidos. La tendencia educativa fue dejarlos hacer, *respetar* su libertad, y otras muchas razones que no vamos a analizar aquí.

La adicción al tabaco, el alcohol y otras drogas se ha convertido en la experiencia de moda, que permite a la juventud y la niñez fugarse de responsabilidades escolares y familiares, así como de situaciones agresivas que no saben resolverlas y para las que no encuentran apoyo.

El consumo de sustancias que alteran la conciencia o el estado anímico les parece atractivo para liberarse de la opresión social, pero al mismo tiempo, les permite integrarse a su grupo que, por su misma situación *lo*

aceptan. Es ahí donde el joven se siente fortalecido, aunque, conforme avance su dependencia, se sentirá preso y con una autoestima cada vez más pobre.

La mejor forma de prevenir las adicciones en las nuevas generaciones es la educación, tanto en familia, como en la escuela y en la sociedad. Por supuesto que también debe educarse a los adultos.

Familia

Como es el lugar donde se inicia el proceso educativo de un niño, la enseñanza debe ser continua, correctamente vertebrada en sus fases y articulada para extenderla a la escuela, la sociedad y los ámbitos de trabajo. Así abarcará desde la niñez hasta la muerte del individuo. Educación con características flexibles y reversibles, pues con frecuencia la persona que está siendo educada se convierte en educadora.

Esta enseñanza debe ser muy cuidadosa: el sujeto, desde el inicio, debe enriquecerse con valores fundamentales que luego serán trascendentales, lo que a la larga le dará seguridad y tranquilidad, al encontrar el sentido de su vida.

Este proceso educativo se inicia desde el momento de la concepción: no es igual el desarrollo psicomotor y emocional de un niño cuyo embarazo fue deseado, que el de un niño rechazado desde su gestación.

Al nacer hemos sido testigos de la vinculación de afecto que se produce en los padres entre sí y con un nuevo ser. También el niño, desde el momento que nace, demuestra apego por las personas significativas, de quienes demanda amor, protección y cuidado. Pero, a pesar de su aparente autismo, él también aporta afecto, que manifiesta con gestos y actitudes lo suficientemente activos para establecer compromisos de cariño desde los primeros momentos de vida. Esto facilita la formación de los primeros lazos sociales. A partir de este momento, por lo general y de manera sensible, los padres inician la enseñanza de la ética familiar.

La primera enseñanza, de básico aprendizaje, semeja una guía de reglas que señala cómo funcionan las cosas, cómo hacerlas bien, con quién se puede contar para ayuda, cuándo se debe recurrir a ella. Resulta deseable ponerla en práctica bajo la supervisión de los adultos del hogar, con una disciplina flexible que se ajuste a las necesidades y capacidades del desarrollo de los niños. Todo esto, despacio y con gran solidez, va conformando la personalidad del individuo y se enfatiza sobre todo en el amor y el cuidado. No con sobreprotección pero sí señalando los límites.

Esta enseñanza puede compararse con un juego de mesa, en el que antes de iniciar todos los participantes deben conocer las instrucciones, saber que hay una disciplina a seguir y acatar las penalidades y los estímulos. Una vez comprendido se puede iniciar el juego, así se disfruta y con la práctica se aprende a resolver situaciones embarazosas. Así comparo la educación de los niños, donde primero debe haber acuerdo entre los adultos, aclarar como se le señalarán al niño sus límites, las diferencias entre lo bueno y

lo malo, entre lo honesto y lo que no lo es. También se debe mostrar con claridad que existen recompensas o sanciones. Si se hace lo contrario y cuando el niño empieza el juego formal de la vida no está advertido, sólo encontrará frustración e insatisfacción, produciéndose en él un profundo rencor. El juego de la vida no será para él disfrutable.

Conforme el niño crece y se va incorporando a la vida social, conocerá nuevos valores, y seguirá los que estén acordes a las convicciones y actitudes de su comunidad adulta. Con ellas habrá de convivir e identificarse, permitiéndole consolidar las ya adquiridas, todo ello a través de ejercer su libertad y decisión. También conocerá otros valores que pueden considerarse falsos, como la rivalidad, la explotación del débil, el racismo, etc., pero si ha tenido una educación sólida y ejemplar, con mucha seguridad asumirá como propio aquellos aspectos que enaltezcan su condición de ser humano.

Escuela

Al ingresar a la escuela, el individuo conoce nuevas formas educativas, refuerza su conocimiento con conductas nuevas y fortalece las aprendidas en casa; explora la vida en comunidad, la cooperación, su participación, aquilata su esfuerzo personal, el trabajo en equipo y el valor de ser solidario. Creo que la escuela debe ser continuidad de la casa y viceversa, los padres deben estar en comunicación permanente con el maestro y entre ambos vigilar y orientar la marcha del desarrollo social y el aprendizaje del niño.

Las reglas de comportamiento social fluyen abundantemente y en forma variada durante la formación secundaria y preparatoria, lo que ayuda en la afirmación y adquisición de nuevos valores en el sujeto, congruentes a la clase social de donde viene, el valor que los padres dan a la educación, el trabajo, el dinero, la independencia económica y el reconocimiento.

En esta etapa es evidente la creatividad, el inconformismo, la pasión por ayudar a los demás, la búsqueda de la verdad. Los adultos de la familia juegan un papel importante aquí, ya que su disponibilidad para el diálogo, amoroso y paciente, sin arrebatos o ira, ante lo que el joven exponga, provocará una fuente de confianza en la que el muchacho, en sus momentos de duda, adecuación o angustia, podrá abreviar para resolver sus problemas o simplemente para reducir su presión emocional.

Sociedad

Hasta hoy no se ha visto un apoyo decidido de la sociedad para enfrentar el problema del consumo de drogas juvenil, quizá por las *pingües* ganancias que se obtienen, sin reparar en el daño que se hace al futuro de un país. A esto se agrega la corrupción de normas y reglamentos, pues los jueces y encargados de aplicarlos están coludidos, y son deslumbrados por el brillo del dinero. Además, todos somos tolerantes a promover en los jóvenes paradigmas de vida fácil —¿es realmente la vida fácil?— y de diversión, que no es sino dispersión, el momento en el que se logran desmoronar sus valores, donde se apoya la idolatría a valores sin ética como el dinero y la *transa*.

La sociedad debe saber cómo se genera el problema en su comunidad. Una vez conocidas las causas, todos unidos debemos ponernos en acción para reducir las promociones enajenantes y mentirosas, que afectan los valores trascendentales de una comunidad; protestar por la beligerancia e inconsistencia de las leyes, pues tal parece que los encargados de impartirlas sólo lo hacen cuando no hay dinero de por medio, pues los poseedores del dinero sí pueden seguirla infringiendo.

La capacitación de grupo y personas, así como la información al público en general, es un paso adelante, pero la consistencia está en reforzar la educación de los niños en la familia y en la escuela. Para que esto suceda es necesario que los adultos tengamos un cambio interior, y orientemos nuestro propósito hasta lograr una mejor educación de nuestros hijos. Así podremos enorgullecernos de la excelente clase de hijos que le dejamos a este bello país, tan necesitado de gente positiva y trabajadora.

más artículos en: www.infoadicciones.net